

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO
DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS

Presentación resumida para catequistas y otros agentes educativo-pastorales.

PREFACIO

El Concilio Vaticano II prescribió la redacción de un Directorio sobre la formación catequética del pueblo cristiano. La Congregación para el Clero con una comisión especial y consultando a las Conferencias episcopales del mundo, preparó el texto; la Congregación para la Doctrina de la fe lo revisó, Pablo VI lo aprobó y lo promulgó el 11 de abril de 1971 con el título **Directorium Catechisticum Generale** (DCG).

Como fruto del Concilio se actualizó el **Catecumenado** antiguo y se ha promovido un largo camino de renovación de la catequesis. Una de las ricas aportaciones renovadoras ha sido el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (RICA), promulgado el 16 de enero de 1972. Hitos importantes han sido también el Sínodo del año 1974, cuyas proposiciones Pablo VI recogió en la Exhortación apostólica **Evangelii Nuntiandi** del 8 de diciembre de 1975 y del año 1977, cuya herencia asumió Juan Pablo II en la Exhortación apostólica **Catechesi Tradendae** del 16 de octubre de 1979.

Documentos magisteriales de importancia para la catequesis han sido las doce Encíclicas de Juan Pablo II desde *Redemptor Hominis* a *Ut Unum Sint*; destacan especialmente **Redemptor Hominis** (1979), **Dives in Misericordia** (1980), **Dominum et Vivificantem** (1986) y **Redemptoris Missio** (1990).

Particular incidencia en el campo de la catequesis han tenido también los Sínodos de 1980 y de 1987, a los que siguieron las Exhortaciones apostólicas **Familiaris Consortio** (1981) y **Christifideles Laici** (1988) de Juan Pablo II. El Sínodo de 1985 propuso la elaboración del **Catecismo de la Iglesia Católica** (CIC), que fue entregado a las Iglesias particulares con la Constitución *Fidei Depositum* el 11 de octubre de 1992. Este significativo acontecimiento y el conjunto de hechos e intervenciones señalados, imponían el deber de revisar el DCG, respetando su inspiración y contenidos originales y conjugando dos exigencias: encuadrar las catequesis en la evangelización y asumir los contenidos del CIC.

El DCG conserva la estructura básica del texto de 1971 y se articula a partir de una Exposición Introductoria, sus 5 partes y la conclusión. **Su finalidad es indicar los principios teológico-pastorales fundamentales para orientar y regir la acción pastoral del ministerio de la palabra y, en concreto, la catequesis.** Compete a los Episcopados la aplicación concreta de estos principios en sus orientaciones, Directorios, Catecismos y otros medios. Contiene partes que tienen valor para todos y también sugerencias e indicaciones varias. Sus destinatarios son los Obispos, las Conferencias episcopales y los responsables de la catequesis por ellos asignados. Una finalidad inmediata del Directorio es ayudar a la redacción de Directorios catequéticos y Catecismos.

EXPOSICIÓN INTRODUCTORIA

La parábola del sembrador (Mc 4, 3-8) es fuente inspiradora para la evangelización. La calidad del terreno es muy variada. Es necesario mirar el campo de misión no solo con la razón sino con la **fe**; en él se descubre la acción de Dios, la fuerza del pecado y el dinamismo que brota de la Pascua de Cristo.

En el campo del mundo, la Iglesia **ve ante todo la miseria** de tantos niños, adultos y ancianos y busca suscitar a favor de ellos el compromiso por la justicia y la opción preferencial por los pobres. Ella es sensible a lo que afecta la dignidad de la persona y conculca los derechos humanos, claramente violados. Presta atención a la **cultura universal** y revaloriza las **culturas autóctonas**; constata la influencia de los medios de comunicación (MCS) y se plantea la inculturación como uno de sus principales desafíos. Advierte la persistencia de la ignorancia religiosa, del ateísmo y el secularismo junto a la

vuelta a lo sagrado y el despertar de una búsqueda religiosa que se manifiesta en nuevas sectas, movimientos religiosos y el resurgir del “*fundamentalismo*”. En cuanto a la moral, se detecta un oscurecimiento de la verdad ontológica de la persona humana y se asiste a una difusión del “*relativismo ético*”.

La Iglesia en el campo del mundo se ha de plantear la situación de la fe de los cristianos. La renovación catequética ha dado ya **frutos muy positivos**: un tipo de cristiano más consciente de su fe, más coherente con ella por una nueva experiencia de Dios y su paterna misericordia, el redescubrimiento de Jesucristo en su humanidad, una mayor corresponsabilidad en la misión y la conciencia de las exigencias sociales de la fe.

Los hijos de la Iglesia son afectados por el *secularismo* y el *relativismo*: hay muchos no practicantes junto a “gentes sencillas” con una arraigada “religiosidad popular” que necesitan madurar en su fe; hay bautizados que ocultan su identidad cristiana. Todo esto reclama una “**nueva evangelización**”.

Es importante considerar la vida interna de la comunidad eclesial. En ella han madurado los frutos del Concilio Vaticano II y sus cuatro constituciones (SC, LG, DV, GS): la liturgia se comprende como fuente y culmen de la vida eclesial, el Pueblo de Dios es más consciente de su “sacerdocio común”, se tiene un sentido más vivo de la Palabra de Dios y se siente la necesidad de una evangelización vinculada a la promoción humana, en diálogo con el mundo, las culturas, las religiones y en búsqueda de la unidad ecuménica. Las dificultades y problemas que emergen son la desafección hacia la Iglesia, las posiciones contrapuestas referentes a la renovación pedida por el Concilio y las consecuentes fragmentaciones.

La catequesis muestra signos de vitalidad en el número de sacerdotes, religiosos y laicos dedicados a ella, su carácter misionero, el incremento de la catequesis de adultos, el enriquecimiento del pensamiento catequético. Sus problemas apuntan a la concepción de la catequesis como escuela de fe, a la insuficiente interrelación entre Sagrada Escritura (SE), Tradición y Magisterio, a un mayor equilibrio en la presentación de la toda la verdad del misterio de Cristo, a ciertas lagunas doctrinales, a una más sólida formación moral y una mayor relevancia de su doctrina social (DSI), a una vinculación débil y fragmentaria con la liturgia, a la excesiva acentuación del valor del método en su pedagogía y al problema de saber *transmitir el Evangelio en el horizonte cultural de los pueblos*.

El sembrador envía a sus operarios a anunciar el Evangelio y les muestra cómo leer los signos de los tiempos para que la Iglesia trate de descubrir el sentido de la situación actual dentro de la historia de la salvación. Para que la catequesis pueda expresar su vitalidad y eficacia debe asumir los siguientes desafíos y opciones: ser propuesta como un *servicio fundamental* y con un acentuado *carácter misionero*; dirigirse a los destinatarios de siempre: niños, adolescentes, jóvenes y adultos, a partir sobre todo de estos últimos; como escuela de pedagogía cristiana, debe *moldear la personalidad del creyente*, anunciar los misterios esenciales del cristianismo y tener como *prioridad la formación* de los catequistas.

<p>Comentemos juntos cómo cada uno se ha enriquecido en su experiencia de fe como discípulo de Jesús, gracias a la catequesis recibida a lo largo de su vida.</p>
--

PRIMERA PARTE
LA CATEQUESIS EN LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

El mandato misionero de Jesús (Mc 16, 15; Mt 28, 19-20; Hch 1, 8) envió a la Iglesia a anunciar el Evangelio, es decir la buena noticia del Reino a todos los pueblos con sus exigencias, su carta magna, sus misterios, la vida fraterna y su plenitud futura.

Capítulo I: La revelación y su transmisión mediante la evangelización

La DV describe la **Revelación** como el acto por el cual Dios se manifiesta personalmente a los hombres. Este benevolente designio divino se realiza por el Espíritu Santo, muestra su “*verdad íntima*”, su “*secreto*”, la vocación y dignidad de la persona humana, el ofrecimiento de la salvación y de la liberación a todos los hombres y la llamada a la unión fraterna.

Para revelarse, Dios utiliza una pedagogía por la cual se sirve de acontecimientos y palabras humanas; lo hace progresivamente y por etapas, con obras y palabras íntimamente ligadas. También la **evangelización** se hace del mismo modo, y es al mismo tiempo testimonio y anuncio, palabra y sacramento, enseñanza y compromiso.

Jesucristo es la plenitud y el mediador de la revelación. Él es el Hijo de Dios hecho hombre y la palabra definitiva del Padre. Este es el fundamento del “*crisocentrismo*” de la catequesis: al misterio de Cristo se ordenan todos los demás elementos.

La revelación está destinada a toda la humanidad. Por voluntad de Dios, esta se trasmite a todos los hombres por medio de la **Iglesia**, según la tradición apostólica y rectamente interpretada por el Magisterio. A Dios que se revela se le debe la obediencia de la fe.

La Iglesia que “*existe para evangelizar*”, transmite la revelación mediante la evangelización, la cual comporta **varios aspectos o elementos**, como realidad rica, compleja y dinámica que incluye intrínsecas bipolaridades: es *testimonio y anuncio, palabra y sacramento, cambio interior y transformación social*. Sus agentes deben operar con esta “*visión global*” del conjunto de la misión de la Iglesia.

La evangelización es un **proceso gradual**, cuya dinámica la ha clarificado el decreto conciliar *Ad gentes* e incluye: testimonio cristiano, diálogo y presencia de la caridad, anuncio del Evangelio y llamada a la conversión, catecumenado e iniciación cristiana, formación de la comunidad, por medio de los sacramentos y con sus ministerios. Por ello, la Iglesia, impulsada por la caridad, da testimonio, hace el primer anuncio del Evangelio, inicia la fe y la vida cristiana mediante la catequesis y los sacramentos de la iniciación, alimenta el don de la comunión y suscita constantemente la misión.

El proceso evangelizador está pues, estructurado en **etapas o “momentos esenciales”**: *acción misionera* para los no creyentes, *acción catequético-iniciatoria* para los que optan por el Evangelio y *acción pastoral* para los cristianos ya maduros.

El **ministerio de la Palabra** es elemento fundamental de la evangelización. El testimonio cristiano debe iluminarse mediante el *anuncio explícito* de Jesucristo, el Señor. Transmite la Revelación por medio de la Iglesia, valiéndose de “*palabras*” humanas que están referidas a las “*obras*”. Este ministerio **se ejerce “de forma múltiple”**. Sus principales funciones son: convocatoria y llamada a la fe, iniciación, educación permanente de la fe, liturgia, teología.

La evangelización **invita a la conversión y a la fe**. Conversión a Jesucristo por el encuentro personal hasta hacerse discípulo suyo. Este “sí” a Jesucristo encierra una doble dimensión: la entrega confiada a Dios y asentimiento cordial a su revelación, lo que es posible por la acción del Espíritu Santo. Por la fe, el hombre se entrega libremente a Dios, le ofrece el asentimiento de su voluntad. La fe lleva consigo una “**metanoia**”, esto es, una transformación profunda de la mente y el corazón, una nueva forma de ser y de vivir y vivir juntos. Fe y conversión brotan del corazón como don de Dios. La *Virgen María* nos enseña a vivirla en profundidad.

El proceso de conversión que es permanente y dura toda la vida hasta llegar a la plenitud, tiene **varios momentos**: el interés por el Evangelio – la conversión – la profesión de fe – el camino hacia la perfección.

La evangelización se realiza en medio de **diferentes y cambiantes panoramas socio-religiosos**: contextos donde el Evangelio no es conocido que reclaman la *misión ad gentes*; contextos en los que están presentes significativas comunidades cristianas que necesitan una *acción pastoral*; una “situación intermedia” en la que se ha perdido el sentido vivo de la fe y de alejamiento que requiere de una *nueva evangelización*. Tales situaciones a veces conviven y se dan juntas en un mismo territorio y requieren, por lo mismo, la simultaneidad de las acciones pastorales que se influyen, estimulan y ayudan mutuamente. La “misión ad gentes” es el *paradigma* de la acción misionera; el “catecumenado bautismal” es el *modelo* de toda catequesis, y la “catequesis de adultos” es la *forma principal* de catequesis.

Capítulo II: La catequesis en el proceso de la Evangelización

El **primer anuncio** se dirige a los no creyentes con el anuncio del Evangelio y la llamada a la conversión. La **catequesis**, promueve y hace madurar esta conversión inicial, educando en la fe al convertido. Primer anuncio y catequesis son distintos y complementarios, pero sus fronteras no siempre son netas; a veces los catequizandos necesitan convertirse. En la “misión ad gentes” esta labor la realiza el *precatecumenado*; en la nueva evangelización, la *catequesis kerigmática* o precatequesis.

La *Catechesi Tradendae* sitúa a la catequesis como un **momento esencial** del proceso de evangelización; en este se estructura la conversión a Jesucristo dando una fundamentación a esa primera adhesión. Se trata de iniciar a los convertidos en la plenitud de la vida cristiana. La catequesis pone los cimientos del edificio de la fe. En este sentido, la catequesis es una acción básica y fundamental en la construcción de la personalidad del discípulo y de la comunidad; es pues, un **momento prioritario** de la evangelización.

La misión sacramental está comprendida en la misión de evangelizar. Los que se han convertido y han sido educados en la fe, reciben **los sacramentos de la iniciación cristiana**, *Bautismo, Confirmación y Eucaristía*, celebrando con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor. La catequesis es así elemento fundamental de la iniciación cristiana, lo que le confiere las siguientes características: es una formación orgánica de la fe; es un aprendizaje de toda la vida cristiana; es una formación básica y esencial centrada en lo nuclear de la experiencia cristiana, en lo “común” para el cristiano. Por ser iniciación incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe.

La catequesis permanente es posterior a la educación básica de la fe y la supone; son distintas pero complementarias en el proceso. Para favorecerlo, la comunidad cristiana acoge a los iniciados sosteniéndolos y formándolos en la fe y los acompaña hasta su plena integración en ella; en su seno se alimentan de la doble mesa de la **Palabra de Dios** y la

del **Cuerpo de Cristo**. En esta mesa la *homilía* tiene un rol privilegiado. Para la educación permanente de la fe el ministerio de la Palabra cuenta con *muchas formas de catequesis*: el estudio y profundización de la SE, la lectura cristiana de los acontecimientos con la ayuda de la DSI, la catequesis litúrgica “forma eminente de catequesis”, la catequesis ocasional, las iniciativas de formación espiritual, la enseñanza teológica. La catequesis de iniciación en todas las edades y la catequesis permanente no son compartimentos estancos e incomunicados sino *complementarios* dentro del mismo proyecto.

Consideración especial merece, dentro del ministerio de la Palabra, el carácter propio de la **enseñanza religiosa escolar** (EREC) y su relación con la catequesis de niños y jóvenes. También hay entre ellas *distinción y complementariedad*. Su característica propia es estar llamada a **penetrar en el ámbito de la cultura y relacionarse con los demás saberes**. En el universo cultural, la EREC deposita el fermento dinamizador del Evangelio. Es necesario que aparezca como una disciplina escolar sistemática, rigurosa, seria, profunda y en un *diálogo interdisciplinar* mediante el cual funda, potencia, desarrolla y completa la acción educadora de la escuela.

La EREC se desarrolla en contextos escolares diversos. **En la escuela estatal**, asegura el derecho de los alumnos y la garantía de las familias que optan por la enseñanza religiosa de sus hijos; allí tendrá un carácter más ecuménico y de conocimiento interreligioso; o un carácter más bien cultural. **En la escuela católica** se identifica y complementa con otras formas del ministerio de la Palabra como la catequesis, las celebraciones litúrgicas. En la cambiante realidad escolar, ayuda a los alumnos a comprender el mensaje cristiano en relación con los problemas existenciales comunes a las religiones y propios del ser humano. Para los alumnos no creyentes es anuncio misionero del Evangelio. La educación cristiana familiar, la catequesis y la EREC están íntimamente relacionadas, se distinguen y se complementan.

Capítulo III: Naturaleza, finalidad y tarea de la Catequesis

La catequesis es una acción **esencialmente eclesial**. El verdadero *sujeto* de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de Jesucristo y animada por el Espíritu Santo, conserva fielmente el Evangelio, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo trasmite en la catequesis. Esta transmisión es un acto vivo de *tradición eclesial*: la Iglesia transmite la fe que ella misma vive; lo hace de forma activa, sembrando el Evangelio en el corazón de los catecúmenos y catequizandos; como *madre* engendra hijos y como *maestra* los educa.

La finalidad de la catequesis es no sólo promover el contacto sino **poner en comunión, en intimidad con Jesucristo**, fundamentando y haciendo madurar la primera adhesión a Él. La catequesis ayuda al conocimiento de Jesús y del Reino de Dios su Padre que, por el Espíritu Santo, lo ha enviado al mundo y ha constituido y enviado a la Iglesia en misión. Esta finalidad de la catequesis se expresa pues, en la **profesión de fe** en el único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es confesión de fe *crisológica y trinitaria*. La profesión de fe es plena si es referida a la **Iglesia**; el “creo” y el “creemos” se implican mutuamente; es la fe de la cual los *mártires* han sido anunciadores y testigos.

La finalidad de la catequesis se realiza a través de **diversas tareas**, mutuamente implicadas e inspiradas en el modo en que Jesús forma a sus discípulos a los que da a conocer las dimensiones del Reino de Dios, enseña a orar, inculca actitudes evangélicas e inicia en la misión. Así, las tareas de la catequesis, que es formación cristiana integral, educan las diferentes dimensiones de la fe que, por su dinámica interna, pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración. Esta fe se vive en la comunidad y en ella es compartida y anunciada.

Las tareas fundamentales de la catequesis son: propiciar el **conocimiento de la fe** como contenido y adhesión interior y que se sintetiza en el *Símbolo*; la **educación litúrgica** que motiva a celebrar los sacramentos y la Eucaristía; la **formación moral**, que conduce al seguimiento del Maestro viviendo sus actitudes condensadas en *las bienaventuranzas*; y **enseñar a orar** con los sentimientos de Jesús reflejados en el *Padre nuestro*. Otras tareas relevantes de la catequesis son la **educación para la vida comunitaria**, cultivando las actitudes de la fraternidad y del perdón; **cultivar la dimensión ecuménica** dando a conocer adecuadamente las otras confesiones; e **iniciar en la misión** de servicio al mundo y a la comunidad eclesial capacitando para el diálogo religioso y suscitando vocaciones sacerdotales y de especial consagración.

Consideraciones de interés sobre el conjunto de las tareas son: que todas son *necesarias*; cada una realiza a *su modo la finalidad* de la catequesis; se *implican* mutuamente y se desarrollan conjuntamente; para realizarlas la catequesis se vale de *la transmisión del mensaje evangélico y la experiencia de la vida cristiana*; son objeto de educación tanto en su aspecto de “*don*” como de “*compromiso*”; cada dimensión de la fe y la fe en su conjunto debe ser *enraizada en la experiencia humana*.

El **catecumenado bautismal** tiene una estructura y una gradualidad; en este la formación se desarrolla en cuatro etapas: el **precatecumenado** (en el que se realiza la primera evangelización a base del anuncio kerygmático); el **catecumenado** (destinado a la catequesis integral y parte con la “entrega de los Evangelios”); el **tiempo de purificación e iluminación** (preparación a los sacramentos de la iniciación y entrega del “Símbolo”); el **tiempo de la mystagogia** (experiencia de los sacramentos y entrada en la comunidad).

El catecumenado bautismal **inspira toda la catequesis** de la Iglesia. Pero entre los catequizandos y los catecúmenos y la catequesis postbautismal y la prebautismal hay una diferencia fundamental. Los primeros ya han recibido los sacramentos de iniciación, han sido introducidos en la comunidad y hechos hijos de Dios por el Bautismo. Los elementos del catecumenado bautismal que deben ser fuente de inspiración para la catequesis posbautismal son, ante todo, la importancia fundamental de *la función de iniciación* en toda la Iglesia; y luego, que es *responsabilidad de toda la comunidad* cristiana y se personaliza en los padrinos; que está *impregnado por el misterio de la Pascua de Cristo*; es también *lugar inicial de la inculturación*; y finalmente, la concepción del catecumenado bautismal como *proceso formativo y verdadera escuela de fe*; esta proporciona a la catequesis posbautismal una dinámica y unas características configuradoras: intensidad e integridad, gradualidad, vinculación a ritos, símbolos y signos, referencia constante a la comunidad.

<p>¡Qué importante es la catequesis para cada uno de los bautizados, para la familia, para la comunidad eclesial! ¿Qué elementos positivos y qué dificultades vemos en la catequesis de nuestras parroquias y comunidades educativas?</p>
--

SEGUNDA PARTE
EL MENSAJE EVANGÉLICO
(Juan 17,3; Mc 1, 14-15; 1Co 15, 1-4)

Capítulo I: Normas y criterios para la presentación del mensaje evangélico en la catequesis (Dt 6, 4-9; Jn 1, 14)

La fuente de donde la catequesis toma su mensaje es la misma **Palabra de Dios**. Se dirige a nosotros por medio de “obras” y “palabras” humanas. Sin dejar de ser Palabra de Dios, se expresa en palabra humana.

La fuente y “las fuentes” del mensaje de la catequesis: La Palabra de Dios contenida en la *Tradición* y en la *SE*, es meditada y comprendida bajo la guía del *Magisterio*; se celebra en la liturgia; resplandece en la vida de la Iglesia; es profundizada en la investigación teológica; se manifiesta en los genuinos valores religiosos y morales. Éstas son las fuentes, principales o subsidiarias, de la catequesis: **SE, Tradición, Magisterio**; íntimamente entrelazados y unidos, lo son, “cada uno a su modo” y con su propio lenguaje.

Los **criterios para presentar el mensaje** están íntimamente relacionados: centrado en la persona de Jesucristo (*crístocentrismo*), introduce en la dimensión *trinitaria* del mensaje; centrado en el *don de la salvación*, implica un mensaje de *liberación*.; el carácter *eclesial* del mensaje remite a su carácter *histórico*; destinado a todos los pueblos, busca la *inculturación*; es un mensaje *orgánico*, con su jerarquía de verdades.

Jesucristo es la Palabra de Dios; **el crístocentrismo** se debe entender en varios sentidos:

- en el centro de la catequesis encontramos esencialmente a **la Persona de Jesús de Nazaret** y propicia su seguimiento;
- Cristo está en el centro de la historia de la salvación, ha venido en la *plenitud* de los tiempos, es la *clave*, el *centro* y el *fin* de la historia;
- el mensaje no proviene del hombre sino que es *Palabra de Dios* y la catequesis comunica la Verdad que Él es; los evangelios ocupan un lugar central pues su centro es Cristo.

El crístocentrismo de la catequesis, por su propia dinámica interna, conduce a la confesión de la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; es **un crístocentrismo esencialmente trinitario**. El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Por esto, la catequesis debe cuidar los siguientes aspectos: su estructura interna crístocéntrica-trinitaria; mostrar la vida íntima de Dios a partir de sus obras salvíficas; mostrar las implicaciones vitales para la vida de los seres humanos (libertad, comunión, dignidad).

El mensaje de Jesús sobre Dios es **una buena noticia** para la humanidad; como núcleo y centro de la Buena Nueva, Cristo anuncia la salvación. La catequesis transmite **el mensaje del Reino**, central en la predicación de Jesús. Por ello, subraya los siguientes aspectos: el anuncio de Dios como *Padre*; el don de la *salvación integral*; el anuncio de la *justicia* de Dios; el Reino de Dios se inaugura con *Jesús*, en su propia persona, y la *Iglesia* es su germen y comienzo; la historia es por Él asumida para ser *transformada*.

La Buena Nueva del Reino de Dios, que anuncia la salvación, incluye **un mensaje de liberación** que se dirige de modo particular *a los pobres y a los que sufren* que son bienaventurados y el Reino les pertenece. La *comunidad de los discípulos* participa de esta misma sensibilidad del Maestro hacia la pobreza, el hambre y el sufrimiento de la humanidad. Todas las formas de **pobreza -económica, cultural, religiosa-** preocupan

a la Iglesia y tiene el deber de anunciar la liberación a los millones de seres humanos que la sufren.

La catequesis cuidará, pues, los siguientes aspectos: situará el mensaje de liberación en la perspectiva de la **finalidad específicamente religiosa** de la evangelización que debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones; presentará **la moral social cristiana** como una exigencia y una consecuencia de la liberación radical obrada por Cristo; suscitará en los catecúmenos y en los catequizandos **la opción preferencial por los pobres**.

La naturaleza eclesial de la catequesis confiere al mensaje evangélico que transmite un **intrínseco carácter eclesial**. En este resuena la fe de la Iglesia vivida a lo largo de la historia: la de los apóstoles, los mártires, los santos, los Padres y doctores, los misioneros, los teólogos, los pastores. Esta fe, transmitida por la comunidad eclesial es una sola e introduce a los catecúmenos y catequizandos en la **unidad de la confesión de fe**.

La economía de la salvación tiene un **carácter histórico**, pues se realiza en el tiempo; la Iglesia guarda *memoria* de los acontecimientos salvíficos, *interpreta* los acontecimientos actuales y permanece en la *espera* confiada de la venida del Señor. Esto obliga a la catequesis a cuidar los siguientes aspectos: presentar la historia de la salvación por medio de una **catequesis bíblica** que dé a conocer las “*obras*” y “*palabras*” con las que Dios se ha revelado (AT, vida de Jesús, historia de la Iglesia); iluminar el “*hoy*” de la historia de la salvación; situar los sacramentos dentro de la historia de la salvación por medio de una catequesis mistagógica; ayudar a hacer el *paso del signo al misterio* de Jesús, de la Iglesia, de los signos de los tiempos.

La Palabra de Dios se hizo hombre concreto, situado en el tiempo y en el espacio, enraizado en una cultura determinada: esta es la “**inculturación**” originaria y modelo referencial para la evangelización de la Iglesia llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas. Es un proceso profundo, global, lento y gradual por el que el Evangelio ha de penetrar en los niveles más profundos de las personas y de los pueblos hasta sus raíces. Se requiere discernir lo que hay “asumir”, “sanar” y “transformar”.

Tareas de la catequesis al respecto: considerar a la *comunidad eclesial* como principal factor de inculturación; elaborar unos *Catecismos* que respondan a las exigencias de las culturas; realizar una oportuna inculturación en el *Catecumenado* y en las instituciones catequéticas; presentar el mensaje cristiano de modo que capacite para “*dar razón de la esperanza*” y ayude al diálogo “fe-cultura”.

En la tarea de la inculturación de la fe, la catequesis debe transmitir el mensaje en toda su integridad y pureza. Criterio fundamental es el de **salvaguardar la integridad** del mensaje. Dos dimensiones íntimamente unidas subyacen en este criterio: presentar el mensaje evangélico *íntegro* y con la debida adaptación; y *auténtico* y debidamente traducido a los lenguajes culturales, con la actitud evangélica de “*apertura misionera para la salvación del mundo*”.

El mensaje tiene un “**carácter orgánico y jerarquizado**”, constituyendo una síntesis coherente y vital de la fe. Se organiza en torno al misterio de la Santísima Trinidad, en una perspectiva cristocéntrica y teniendo en cuenta la “*jerarquía de verdades*”. Todos los aspectos y dimensiones del mensaje participan de esta organicidad jerarquizada: la historia de la salvación, el símbolo apostólico, los sacramentos, el doble mandamiento del amor, el Padre nuestro.

La Palabra de Dios, al hacerse hombre, asume la naturaleza humana en todo menos en el pecado. El mensaje de la catequesis debe **presentarse de modo significativo para la persona** humana, mostrándole su identidad y su vocación, buscando la comunión de la persona con Jesucristo hasta llegar a pensar, obrar y amar como Él. Por esto la catequesis debe preocuparse de orientar la atención de los hombres hacia sus experiencias de mayor importancia y estimularlos para la transformación de su conducta. En este sentido: el anuncio del Evangelio se hará siempre **en íntima conexión con la naturaleza humana** y sus aspiraciones; *la catequesis bíblica* ayudará a interpretar la vida humana actual a la luz de las experiencias vividas por el pueblo de Israel, por Jesús y por la comunidad eclesial; *explicitando el Símbolo* mostrará cómo los grandes temas de la fe son siempre fuente de vida y luz para el ser humano; *la catequesis moral* promoverá las bienaventuranzas; *la catequesis litúrgica* hará constante referencia a las grandes experiencias humanas.

Un principio metodológico para la presentación del mensaje es que hay que escoger **el itinerario pedagógico más adaptado a las circunstancias** por las que atraviesa la comunidad eclesial o los destinatarios concretos.

Capítulo II: “Esta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia” (2 Tim 3, 16; 2Ts 2, 15)

Con ocasión del concilio de Trento y también en nuestros días se ha considerado oportuno ofrecer una exposición orgánica de la fe mediante **un Catecismo de carácter universal** como punto de referencia para la catequesis de toda la Iglesia. Juan Pablo II promulgó el *Catecismo de la Iglesia Católica* el 11 de octubre de 1992.

El CIC y este DCG son dos instrumentos *distintos y complementarios* al servicio de la catequesis: El **CIC** es una **exposición de la fe de la Iglesia** y de la doctrina católica atestiguadas e iluminadas por la SE, la Tradición y el Magisterio. EL **DCG** es la proposición de unos **principios teológico-pastorales** de carácter fundamental para orientar y regir la actividad catequética. El CIC es un acto del Magisterio del Papa; el DGC es un instrumento oficial para la transmisión del mensaje y para la catequesis. Dada su complementariedad, en lo concerniente al contenido del mensaje, el DCG remite al CIC.

El CIC es un instrumento válido y autorizado de la *comunión eclesial*; norma segura para la *enseñanza de la fe*; punto de referencia para los *Catecismos* o compendios que se redacten en las distintas regiones; se presenta como una síntesis orgánica de la fe de valor universal. **Se articula en torno a cuatro dimensiones fundamentales de la vida cristiana**: fe, liturgia, moral, oración, que brotan de un mismo núcleo, el *misterio cristiano* que es el objeto de la fe, celebrado y comunicado en la liturgia, ilumina y sostiene a los hijos de Dios, fundamenta nuestra oración.

Esta articulación cuatripartita **desarrolla los aspectos esenciales de la fe**: *creer* en Dios creador, Uno y trino; *ser santificado* en los sacramentos; *amarle* con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo; *orar* esperando la venida de su Reino. El CIC se refiere a la fe creída, celebrada, vivida y hecha oración; remite a la unidad profunda de la vida cristiana y explicita la interrelación entre “*lex orandi*”, “*lex credendi*” y “*lex vivendi*”. Articulado en torno a los cuatro pilares que sostienen la transmisión de la fe (*símbolo, sacramentos, decálogo, Padre nuestro*) el CIC es **referente doctrinal** para las cuatro tareas básicas de la catequesis. El eje central de la articulación del CIC es **Jesucristo**, “camino, verdad y vida”; desde ahí se abre en dos direcciones hacia el misterio de *Dios Uno y Trino* y hacia el misterio de *la persona humana*.

Los rasgos principales que definen el **género literario del CIC** son, que es ante todo un *catecismo*; un *texto oficial* del Magisterio, que *recoge lo básico y común* de la vida cristiana y es de carácter *universal*.

Su contenido es el depósito de la fe que es la Palabra de Dios, custodiada en la Iglesia. El CIC es un servicio fundamental para el anuncio del Evangelio y la enseñanza de la fe que toman su mensaje del depósito de la Tradición y de la SE. Dos cuestiones de vital importancia para la catequesis son: la relación de la SE y el CIC como puntos de referencia para su contenido; la relación entre la tradición catequética de los Padres y el CIC.

La SE junto con la Tradición son **“la regla suprema de la fe”**. La SE debe tener un puesto eminente haciendo de la catequesis una auténtica introducción a la *‘lectio divina’*. La SE y el CIC son dos puntos de referencia que inspiran y fecundan toda la acción catequizadora de la Iglesia; han de inspirar tanto *la catequesis bíblica* como *la catequesis doctrinal*; en ambos se deben apoyar los catecúmenos y catequizandos.

En referencia a la riqueza de **la Tradición** se debe destacar que los Padres atribuyen al *Catecumenado bautismal* una importancia decisiva en la configuración de las Iglesias particulares; la *concepción gradual y progresiva* de la formación cristiana, estructurada en etapas; y la estructuración de la catequesis *según las etapas* de ese proceso. Por su parte, el **CIC** aporta a la catequesis la tradición de los catecismos en los que se destaca la *dimensión cognoscitiva* y veritativa de la fe, la educación de la fe *enraizada en todas las fuentes* de las que brota. Siete son las *piezas maestras* que están a la base de la catequesis de iniciación y del proceso permanente de maduración cristiana: las tres etapas de la historia de la salvación (AT, Jesucristo, Iglesia) y los cuatro pilares de la exposición (Símbolo, Sacramentos, Decálogo, Padre nuestro).

El CIC se destina a alentar y facilitar la redacción de **nuevos catecismos locales** que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, guarden la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina. Son instrumentos inapreciables para la catequesis; Juan Pablo II ha estimulado a las Conferencias episcopales a elaborarlos con fidelidad a los contenidos de la Revelación y puestos al día en los métodos. Por medio de ellos la Iglesia actualiza la “pedagogía divina” y la “condescendencia” de Dios. Los rasgos del género literario del Catecismo local: es un *texto oficial* de la Iglesia; un *texto base y de carácter sintético*; un *compendio* de los documentos de la Revelación y de la tradición cristiana. Responde siempre a una clara inspiración pedagógica.

El CIC indica cuáles son los aspectos a tener en cuenta para adaptar o contextualizar la síntesis orgánica de la fe que todo catecismo local debe ofrecer para responder a las diferentes culturas, edades, situaciones: presentar la síntesis de la fe *en referencia a la cultura* concreta; siendo fiel al mensaje y a la persona, presenta el mensaje *de modo significativo* y cercano a la psicología y mentalidad del destinatario concreto; la *forma concreta de vivir el hecho religioso* en una sociedad determinada; la *problemática social* circundante en sus elementos estructurantes e inspirándose en la DSI; la *situación eclesial* concreta de la Iglesia particular. Para elaborarlos se necesita una certera y madura **creatividad** siendo el CIC su referencia doctrinal y el DCG fuente de criterios para su presentación. A este propósito conviene recordar: que se trata ante todo de elaborar verdaderos Catecismos *adaptados e inculturados*; que pueden tener un *carácter diocesano, regional o nacional*; que deben tener en el CIC como *referente doctrinal*; que asimilando lo esencial del mensaje evangélico *lo traduzcan* y anuncien sin traicionar su verdad esencial.

CIC y Catecismos locales, con la específica autoridad de cada uno, *forman una unidad* y muestran conjuntamente la *sinfonía de la fe*, lo cual tiene un significado teológico

importante: expresa la *catolicidad* de la Iglesia, manifiestan la *comunidad eclesial*; expresan de modo palpable la realidad de la *colegialidad episcopal*.

A partir de nuestra propia experiencia, **¿cómo se puede hacer más atractivo y significativo para la persona y su vida el mensaje de la catequesis en nuestras comunidades?**

TERCERA PARTE
LA PEDAGOGÍA DE LA FE
(Os 11, 3-4); Mc 4, 10-11-34)

Jesús cuidó atentamente la formación de los discípulos que envió en misión. Es el **Maestro** que salva, santifica y guía. En él la Iglesia encuentra la gracia e inspiración permanente y es su **modelo** para la comunicación de la fe.

Capítulo I: La pedagogía de Dios, fuente y modelo de la pedagogía de la fe.

Dios despliega su pedagogía a lo largo de la historia de la salvación como padre y maestro misericordioso y sabio, como educador genial, previsor, condescendiente y acompañante que forma. **Jesús** continúa la “**pedagogía de Dios**” con palabras, signos y obras y cuyos rasgos son la acogida, el anuncio, el amor tierno y liberador, el llamado a la fe con variados recursos comunicativos.

La Iglesia continúa la pedagogía del Padre y del Hijo siendo madre y educadora de la fe; ella con su vida es catequesis viviente y tiene ya un *rico patrimonio* de pedagogía: testimonios, vías y formas variadas, catecumenado, catecismos, enseñanzas, instituciones, servicios. Educa con la ayuda del Espíritu Santo y se sirve de los aportes de la ciencia y de la experiencia; su *meta* es alcanzar en los discípulos la madurez de la plenitud en Cristo.

La catequesis se inspira en la pedagogía de Dios tal como se realiza en Cristo y en la Iglesia para favorecer la experiencia de fe y el encuentro con Dios; de este modo, es una pedagogía que se inserta y sirve al “*diálogo de salvación*” entre Dios y la persona; acepta el carácter progresivo de la Revelación y de la trascendencia y carácter misterioso de la Palabra; reconoce la centralidad de Jesucristo y el valor de la experiencia comunitaria de la fe; se enraíza en la relación interpersonal y hace suyo el proceso del diálogo; se hace pedagogía de signos. Se configura así como proceso o itinerario o camino de seguimiento de Cristo.

La catequesis es una **original pedagogía en acto** de la fe que busca favorecer el diálogo de Dios con las personas. Sus objetivos concretos son: promover una progresiva y coherente síntesis entre la adhesión a Dios y el contenido del mensaje; desarrollar todas las dimensiones de la fe; impulsar a la persona a confiarse entera y libremente a Dios; ayudar a la persona a discernir su vocación. Es iniciación, educación y enseñanza.

De Jesucristo recibe esta pedagogía una ley fundamental: **la fidelidad a Dios y al hombre**; favorece la escucha, la oración, la respuesta libre y la participación activa de los catequizandos. Se inspira en la condescendencia de Dios hacia el hombre al que le habla como amigo. Así, **evangeliza educando y educa evangelizando**.

Capítulo II: Elementos de pedagogía

La Iglesia discierne los **diversos métodos** con libertad para responder a la edad, al desarrollo, al grado de madurez y a otras circunstancias de las personas; la metodología de

la catequesis se sirve de las ciencias de la educación y de la comunicación. Entre contenido y método afirma su necesaria *correlación e interacción*. Del pasado y presente, acoge el método de *iniciación bíblica*, la *pedagogía del documento*, el *método de los signos litúrgicos* y eclesiales, el *método de la comunicación* a través de los “mass-media”.

Atendiendo a la historia de la catequesis se habla de vía inductiva y deductiva:

- El **método inductivo** presenta los hechos y busca descubrir su significado revelador.
- El **método deductivo** explica los hechos procediendo desde sus causas.

En cuanto a los itinerarios operativos, uno es llamado “*kerigmático*” (o descendente) porque parte del anuncio y lo aplica a la vida; el otro “*existencial*” (o descendente) pues arranca de los problemas y los ilumina con la Palabra.

La experiencia humana ejerce diversas funciones en la catequesis: suscita intereses, interrogantes, esperanzas, inquietudes, reflexiones y juicios en vistas a una transformación de la existencia; ayuda a hacer inteligible el mensaje; es el ámbito en el que se manifiesta y se realiza la salvación. La iluminación y la interpretación de la experiencia a la luz de la fe es una tarea permanente de la pedagogía catequética; por ella se hace posible la correcta correlación o interacción entre las experiencias humanas profundas y el mensaje revelado.

También el ejercicio de **la memoria** es un elemento constitutivo de la pedagogía de la fe, pues ayuda a retener las fórmulas de fe que deben ser debidamente explicadas, interiorizadas y entendidas.

Ningún método reemplaza al catequista; su trabajo personal es necesario en todas las fases del proceso. Con su carisma, su espiritualidad y su testimonio es el “*alma*” del método; facilita la comunicación entre las personas y Dios; cuida y ejercita la relación personal, la creatividad, la adaptación, el máximo respeto a la libertad personal.

Se requiere **la participación activa de los catequizandos**, sea personalmente como en grupo. Sobre todo cuando son adultos, pueden contribuir con eficacia al desarrollo de la catequesis ejercitando el “*aprender haciendo*”.

La comunidad se concibe como fuente, lugar y meta de la catequesis, aunque será siempre indispensable la relación de persona a persona. **El grupo** tiene la importante función de ser factor de socialización; para los jóvenes es una necesidad vital; promueve el diálogo, la cooperación, la corresponsabilidad y está llamado a ser una experiencia de comunidad y una forma de participación en la vida eclesial.

La comunicación social es el primer areópago del tiempo moderno; la utilización de los *mass-media* ha llegado a ser esencial para la evangelización y la catequesis; entre estos pueden considerarse: televisión, radio, prensa, discos, grabaciones, videos y audios; en suma, todos los medios audiovisuales. Conviene *integrar el mensaje mismo en esta nueva cultura* creada por la comunicación moderna con nuevos lenguajes, técnicas y comportamientos psicológicos. Todas las personas relacionadas con los MCS, *profesionales y usuarios*, deben poder recibir la gracia del Evangelio (profesionales, familias, generaciones jóvenes). Y urge especialmente una labor educativa del **sentido crítico** en relación al uso de estos medios.

<p>Recordemos al algún catequista o profesor de religión que tuvo un impacto positivo en el crecimiento de nuestra fe. ¿Qué aspectos de su testimonio y de su método de trabajo nos marcaron más?</p>
--

CUARTA PARTE
LOS DESTINATARIOS DE LA CATEQUESIS
(Is 49,6; Lc 4, 16-21)

El Reino está destinado a todos los hombres, primordialmente a los más necesitados (Mt 28, 19; Lc 24, 47; Hch 1, 8; Mt 28,20; Rm 1, 14). Es necesaria una atención a todas las situaciones, necesidades, edades y categorías de personas.

Capítulo I: La adaptación al destinatario: aspectos generales

Todo bautizado tiene derecho a ser catequizado. El destinatario del Evangelio es “**el hombre concreto, histórico**” enraizado en una situación y una cultura dada. La catequesis tiene como destinatario a **la comunidad cristiana en cuanto tal** y a cada uno de sus miembros en particular. La *predicación acomodada* de la Palabra debe mantenerse como ley de toda la evangelización; por lo mismo, tiene en cuenta *las diversas situaciones*, culturas, circunstancias y exigencias que de allí emergen, teniendo una atención a *la persona en su totalidad y en su unidad* esencial.

Capítulo II: La catequesis por edades

Una exigencia esencial pues, es la *atención a las diversas edades* que tienen derecho a catequesis diversificadas y complementarias. Entre *los adultos* cabe distinguir a los creyentes, los bautizados que no recibieron una catequesis adecuada, los no bautizados.

Algunos elementos y criterios propios para **la catequesis de adultos** que debe ser permanente, identificar los rasgos propios del cristiano adulto y cuidar la formación del catequista de adultos, son: la atención a los destinatarios **en cuanto adultos**, a su condición **laical**, a suscitar su interés por la **comunidad** y teniendo en cuenta el **proyecto orgánico** de la pastoral de adultos en el que se inserta la catequesis.

Las tareas de la catequesis de adultos son: promover la formación y la maduración de la vida en el Espíritu de Cristo Resucitado con medios adecuados; educar para juzgar con objetividad los cambios socio-culturales a la luz de la fe; dar respuesta a los interrogantes religiosos y morales de hoy; esclarecer las relaciones existentes entre acción temporal y acción eclesial; desarrollar los fundamentos racionales de la fe; formar para asumir responsabilidades en la misión de la Iglesia y para saber dar testimonio cristiano en la sociedad.

Las **formas propias** de la catequesis de adultos son la iniciación cristiana o el catecumenado de adultos regulado por el RICA; la catequesis del pueblo de Dios en las formas tradicionales pero adaptadas en la liturgia y en las misiones populares; la catequesis que forma a los agentes pastorales; la catequesis con ocasión de los principales acontecimientos de la vida (matrimonio, bautismo, otros sacramentos); la catequesis ocasional; la referida al tiempo libre; la que se debe dar ante acontecimientos particulares. Para los adultos, pues, se deben instituir *estos y otros procesos* sistemáticos, orgánicos y permanentes de catequesis.

La catequesis de la infancia y de la niñez, valora la importancia de esta etapa como *gracia* y considera a estos destinatarios como *miembros privilegiados* del Reino de Dios. Sus características propias son: responde al tiempo de la primera socialización y educación humana y cristiana en la familia, en la escuela y en la comunidad; en esta etapa tiene lugar la iniciación cristiana comenzada con el Bautismo; es un proceso eminentemente educativo atento a desarrollar las capacidades y aptitudes humanas básicas (iniciación a la oración y

a la SE); tiene en cuenta la importancia de los ámbitos educativos de la familia y la escuela para los que **la catequesis familiar** es insustituible.

El *ingreso a la escuela* es un momento importante y ofrece una gran oportunidad para la catequesis; es necesaria la *colaboración constante entre padres, maestros y catequistas*. Los niños sin apoyo religioso familiar o que no frecuentan la escuela no deben ser descuidados y se les debe asegurar una catequesis proporcionada a sus posibilidades y necesidades concretas.

La catequesis de los jóvenes tiene que considerar que la crisis espiritual y cultural los afecta a ellos de modo especial; la Iglesia debe afrontarla con decisión y creatividad distinguiendo entre *preadolescencia* (que suele ser ignorada), *adolescencia* y *juventud*. Muchos llegan a confirmarse, pero luego se alejan. La catequesis de jóvenes debe ser *revisada y potenciada* profundamente.

La Iglesia ve a los jóvenes como *“la esperanza”* y los contempla como *“un gran desafío”* para su futuro. El cambio cultural y el crecimiento numérico hacen de la etapa juvenil un tiempo de espera, desencanto, insatisfacción, angustia y marginación; es palpable su alejamiento y su desconfianza hacia la Iglesia; les falta el apoyo espiritual y moral de la familia y han recibido una catequesis precaria. Pero en numerosos jóvenes se descubre una impetuosa tendencia a la búsqueda de sentido de la vida, a la solidaridad, a la experiencia religiosa. Esto tiene consecuencias para la catequesis: ha de estar atenta a las luces y sombras de la condición de vida de los jóvenes; la propuesta explícita de Cristo al joven del Evangelio debe ser su inspiración; los jóvenes deben ser **“sujetos activos”**, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación eclesial.

Características de la catequesis para jóvenes, como líneas generales comunes: tener presentes las diferentes situaciones religiosas (bautizados, no bautizados, en crisis, aptos para una opción de fe, disponibles); valorizar la catequesis que se puede realizar al interior de una pastoral más amplia para ellos; son mediaciones importantes el grupo, las asociaciones juveniles, el acompañamiento personal, la dirección espiritual.

Entre las **diferentes formas** de catequesis de jóvenes hay que prever un catecumenado juvenil en edad escolar; una catequesis que complete y culmine la iniciación cristiana; otra sobre cuestiones específicas y encuentros más ocasionales e informales. Se les debe proponer itinerarios nuevos (educación a la verdad, la libertad, de la conciencia, para el amor, el planteamiento vocacional, el compromiso. La evangelización de los jóvenes requiere una índole *humanizadora y misionera*, que dé respuesta a la diferencia de lenguaje (*mentalidad, sensibilidad, gustos, estilo, vocabulario...*) y se adapte a ellos.

La **catequesis de los ancianos** es una nueva y específica tarea pastoral; ellos son un *don* de Dios para la Iglesia y la sociedad; hay que tener en cuenta la diversidad de situaciones en que se encuentran (a veces de soledad y marginación). Para ellos *la familia* cumple una función primaria a lo que debe unirse la presencia cordial del *catequista* y de la *comunidad*. Su condición reclama una **catequesis de la esperanza** que valore el testimonio que los ancianos pueden dar. Siendo depositarios de una intensa experiencia de vida pueden ser los *catequistas “naturales”* de la comunidad.

Capítulo III: catequesis para situaciones especiales, mentalidades y ambientes

Los **discapacitados e inadaptados** necesitan una catequesis apropiada en la familia y la comunidad; los catequistas necesitan a este fin una preparación específica. De igual manera hay que considerar una catequesis para **personas en situación de marginación** (emigrantes, exiliados, nómades, gente sin hogar, enfermos crónicos,

toxico-dependientes, encarcelados, prisioneros): estos “pequeños hermanos” pueden recibir catequesis indirectas y ocasionales. Hay también personas que **por su situación cultural** requieren itinerarios especiales (obreros, profesionales, artistas, científicos, universitarios) y necesitan un lenguaje adaptado a ellos. Los **ambientes o contextos de vida** como el rural y el urbano requieren intervenciones diferenciadas por la variedad de situaciones.

Capítulo IV: catequesis según el contexto socio-religioso.

Vivimos en un **mundo pluralista y complejo**; junto a valores y certezas, existen no pocas formas falsas de religiosidad y de adhesión incierta a la fe; algunos cristianos se desorientan y recurren a sucedáneos pseudoreligiosos. Se hace, pues, indispensable una **catequesis evangelizadora** con un lenguaje adaptado a los tiempos y las personas para sostenerlos en su fe ante las objeciones teóricas y prácticas.

La “*piEDAD popular*” que comporta muchos valores está expuesta a deformaciones; necesita de una catequesis que la ayude a enfrentar los riesgos que corre (fanatismo, superstición, sincretismo, ignorancia religiosa); *la piEDAD mariana* requiere a veces una catequesis renovada y caracterizada por esa dimensión trinitaria, cristológica y eclesial que le es intrínseca.

La catequesis **en contexto ecuménico**, respetando la jerarquía de verdades, pone de manifiesto la unidad de la fe y promueve el diálogo. La que se desarrolla *en relación con el hebraísmo* debe formar para la objetividad, la justicia, la tolerancia, la comprensión y el diálogo, superando toda forma de antisemitismo. Y en otros *contextos multireligiosos*, debe robustecer la identidad de los bautizados mediante una adaptación o inculturación conveniente que los ayude a tomar conciencia de la presencia de otras religiones, avive su sentido misionero, la fuerza de su testimonio y la búsqueda de un diálogo respetuoso y de colaboración. En relación con los “*nuevos movimientos religiosos*”, se requiere enfatizar la integralidad y sistematicidad de la catequesis.

Capítulo V: Catequesis según el contexto socio-cultural

La evangelización y la catequesis están llamadas a **llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la y las culturas**. Desde los Padres se ha desarrollado una historia de inculturación de la fe. Algunas de las tareas al respecto, que forman un conjunto orgánico, son: *conocer* en profundidad la cultura de las personas; *reconocer* la dimensión cultural en el mismo Evangelio; *anunciar* el cambio profundo, la conversión que opera el Evangelio en las culturas; *testimoniar* que el Evangelio trasciende toda cultura; *promover* nuevas expresiones del Evangelio; *mantener* íntegros los contenidos de la fe de la Iglesia.

El proceso metodológico, que debe evitar toda manipulación de la cultura y tampoco puede solo yuxtaponer el Evangelio a ella; debe *proponerlo de forma vital y profunda* procurando llegar hasta las raíces. Hay que *escuchar en la cultura de los hombres el eco de la Palabra de Dios* evitando sí el sincretismo; la fe ha de alcanzar el **corazón** y transformar la **conducta** de las personas. Como **responsables del proceso de inculturación** se debe implicar a todo el *pueblo de Dios*, a la *comunidad*, los *pastores*, los *catequistas* y *laicos* en general. Las **vías privilegiadas y más aptas** para la inculturación son la catequesis de jóvenes y de adultos, sin desatender la de los niños, la catequesis litúrgica, la catequesis de la familia y la que se da en situaciones pluriétnicas y pluriculturales.

La inculturación de la fe es, en ciertos aspectos, obra de **lenguaje**, lo que conlleva que se respete y valore el *lenguaje bíblico, el histórico-tradicional de la Iglesia, el doctrinal*; pero es necesario que la catequesis fomente *nuevas expresiones* del Evangelio en la cultura. Es imperioso encontrar el lenguaje **apropiado** a los niños y a los jóvenes de nuestro tiempo, a los estudiantes, intelectuales, científicos, analfabetos, sencillos, minusválidos, etc.

La evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de **los medios de comunicación social**, de los “*mass-media*”. Se han de seguir los indicadores relacionados con la inculturación (valoración, equilibrio, sentido religioso, uso maduro y crítico, la elaboración de materiales en relación con los “*mass-media*”, colaboración entre los agentes pastorales).

El CIC y los catecismos locales son instrumentos primordiales en este proceso; deben ser apropiados y adaptados a las exigencias de las diferentes culturas, edades, situaciones de aquellos a los que se dirigen. **Ámbitos antropológicos** en que las tendencias culturales son especialmente incisivas son la familia, la escuela, el trabajo, el tiempo libre y en general la cultura urbana, el turismo, las migraciones, el mundo juvenil y los llamados “*areópagos modernos*”: el compromiso por la paz, el desarrollo, la liberación, la salvaguardia de la creación, la defensa de los derechos humanos sobre todo de las minorías, la investigación científica, las relaciones internacionales...

El proceso de inculturación se ha de confrontar continuamente con **múltiples y diferentes situaciones concretas**. Las más relevantes son: países de presencia cristiana reciente y países de larga tradición cristiana necesitados de nueva evangelización; situaciones de tensión y conflicto étnico, religioso, social cultural; las tendencias culturalmente significativas del propio lugar, representadas por grupos sociales y profesionales. En términos generales, la formación de los cristianos *tendrá en cuenta en grado máximo la cultura humana del lugar*.

Las Iglesias locales tienen una competencia propia en la inculturación y se refiere a todos los ámbitos de la vida cristiana. Las Conferencias Episcopales van elaborando a este fin *Directorios, catecismos, materiales catequísticos* y estableciendo *centros de estudio y escuelas de formación*. Es importante que los pastores tomen iniciativas al respecto y las

orienten; estas pueden consistir en promover una *catequesis amplia y capilar*; llevar a cabo *experiencias-piloto* de inculturación de la fe; *traducir guías y directorios* para los diversos grupos étnico-lingüísticos; establecer *relaciones de reciprocidad y comunión* entre las Iglesias locales y con la Santa Sede.

La catequesis debe estar presente en todos los ambientes socio-culturales y en los contextos más diversos. **¿En qué lugares, ambientes, grupos específicos la notamos más débil o ausente? ¿Qué podemos hacer al respecto?**

QUINTA PARTE

LA CATEQUESIS EN LA IGLESIA PARTICULAR

(Mc 3, 13-15; Mt 16, 17-18; Hch 8, 1; 1 Co 1, 2; 1 Co 16, 19; Ga 1, 22; Ap 1,20-3, 14)

Capítulo I: El ministerio de la catequesis en la Iglesia particular y sus agentes

El anuncio, la transmisión y la vivencia del Evangelio se realizan en el seno de una **Iglesia particular**, en un espacio socio-cultural determinado. Sus pilares son el Evangelio y la Eucaristía y, al igual que la Iglesia universal, ella **existe para evangelizar**. En ella, la catequesis es una acción evangelizadora básica; allí se proclama la fe a los discípulos “*en su propia lengua*”.

El ministerio de **la catequesis en la Iglesia particular** tiene los siguientes rasgos: es un *servicio único*, realizado de *modo conjunto* por presbíteros, diáconos, religiosos y laicos en comunión con el obispo; *indispensable* para el crecimiento de la Iglesia; con un *carácter propio* que deriva de su especificidad en el proceso de evangelización; necesita contar con *otros agentes*, no necesariamente catequistas directos para que la apoyen y respalden (en la formación, la elaboración de materiales, la reflexión, la organización y la planificación).

La catequesis **es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana**; acoge los catequizandos en un ambiente fraterno y recibe también mucho de ellos; junto a los padres, confía a determinados miembros del Pueblo de Dios la delicada tarea de la transmisión de la fe.

En ella, el primer responsable es **el Obispo**, como “*pregonero de la fe*” y “*maestro auténtico*”. Él debe, entre otras cosas: asegurar la prioridad de una catequesis activa y eficaz; ejercer la solicitud por la catequesis; suscitar y mantener una verdadera mística de la catequesis; cuidar que los catequistas se preparen de la forma debida para su función; y establecer un proyecto global de catequesis, articulado y coherente.

Los presbíteros por el sacramento del Orden configuran la comunidad, coordinan y potencian los demás servicios y carismas; fomentan la vocación y la tarea de los catequistas. Sus tareas propias son: suscitar en la comunidad el sentido de responsabilidad hacia la catequesis; cuidar la orientación de fondo de la catequesis y su adecuada programación; fomentar y discernir vocaciones para el servicio catequético; integrar la acción catequética en el proyecto evangelizador de la comunidad, cuidando el vínculo entre catequesis, sacramentos y liturgia; garantizar la vinculación con los planes pastorales diocesanos.

Los padres de familia son los primeros educadores de la fe de sus hijos. Por sus experiencias y rasgos propios el despertar religioso infantil en el ambiente familiar tiene un carácter “*insustituible*”. **La catequesis familiar** precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis. Los padres ejercen con su tarea un “*verdadero ministerio*” y deben ser atendidos de modo especial por la comunidad mediante contactos personales,

encuentros, cursos, catequesis de adultos. Hay lugares y situaciones en que la “*iglesia doméstica*” es prácticamente el único ámbito donde los niños y jóvenes son catequizados.

Los **consagrados, religiosos y religiosas** realizan un peculiar aporte en la catequesis; muchas familias religiosas, masculinas y femeninas nacieron para la educación cristiana de los niños y jóvenes. Los carismas fundacionales enriquecen la tarea común.

La acción catequética de **los fieles laicos** tiene también un carácter propio debido a su particular condición en la Iglesia; el *carácter secular* es propio de ellos y ejercen la catequesis desde su inserción en el mundo, compartiendo todo tipo de tareas con los demás hombres y mujeres. Tienen una especial sensibilidad para encarnar el Evangelio. Su vocación brota del Bautismo y se robustece con la Confirmación; valorizando su vocación, la Iglesia les confiere la misión de catequizar.

El **tipo o figura del catequista** en la Iglesia presenta modalidades diversas, ya que las necesidades de la catequesis son variadas: los catequistas de tierras de misión; los catequistas de algunas Iglesias de antigua cristiandad tienen una figura a veces análoga a los primeros; el catequista de adultos; el catequista de niños y adolescentes; el catequista para encuentros presacramentales (Bautismo, Comunión, Matrimonio); el catequista para la tercera edad, para los discapacitados, para los emigrantes y los marginados. En la Iglesia particular pueden surgir otras figuras para nuevas necesidades.

Capítulo II: la formación para el servicio de la catequesis

Hay que contar con **una adecuada pastoral de los catequistas**. Se trata de suscitar vocaciones para la catequesis; catequistas a “*tiempo pleno*” y a “*tiempo parcial*”; establecer una distribución equilibrada de los catequistas; promover animadores responsables de la acción catequética; organizar adecuadamente su formación; cuidar su atención personal y espiritual; coordinar a los catequistas con los demás agentes de pastoral. La **adecuada formación de los catequistas** no puede ser descuidada en favor de la renovación de los textos y de una mejor organización de la catequesis; se ha de dar pues, absoluta *prioridad a la formación de los catequistas laicos*.

La formación trata de capacitar a los catequistas para transmitir el Evangelio, haciéndolos lo más aptos posible **para realizar el acto de comunicación del mensaje**; hay que lograr que el catequista pueda animar eficazmente un *itinerario catequético*. Tal formación debe darse en *perspectiva cristocéntrica* de tal modo que configure su identidad en la familiaridad con Cristo y con el Padre en el Espíritu, y ha de tener una *naturaleza eclesial*.

Los criterios inspiradores de la formación de los catequistas: formar catequistas para las necesidades evangelizadoras de este momento histórico; con el concepto de catequesis que hoy propugna la Iglesia y que necesita catequistas que sean *maestros, educadores y testigos*; preparar catequistas integradores, en vistas a una catequesis plena y completa que conjugue la ortodoxia y la ortopraxis; tomando en cuenta el carácter propio del laico; cuidando la coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia de un proceso catequético.

Las dimensiones de la formación: el *ser*, es decir, la dimensión humana y cristiana del catequista como persona, creyente y apóstol. Lo que el catequista debe **saber** para desempeñar bien su tarea, esto es, conocer bien el mensaje, al destinatario y el contexto social en que vive; el **saber hacer**, ya que la catequesis es un acto de comunicación y el catequista debe ser un educador del hombre y de su vida. Apoyado en la *madurez humana inicial*, el catequista debe crecer en equilibrio afectivo, sentido crítico, unidad interior, capacidad de relación y diálogo, espíritu constructivo y trabajo en equipo, en respeto y

amor hacia los catecúmenos y catequizandos. Más que el de un *pedagogo*, debe llegar a tenerles el amor de un *padre* y, más aún, el de una *madre*. La formación debe alimentar su *espiritualidad* y su *conciencia apostólica*.

Además de *testigo*, el catequista debe ser *maestro* que enseña la fe, **una formación bíblico-teológica** le dará un conocimiento orgánico del mensaje cristiano articulado en torno al misterio central de la fe que es *Jesucristo*. Su contenido son las grandes etapas de la *Historia de la salvación* (AT, vida de Jesucristo, historia de la Iglesia) y los *grandes núcleos del mensaje*: Símbolo, liturgia, moral y oración. Esta formación debe reunir como calidades: ser una formación *sintética*, que ayude a *madurar* la fe, cercana a la *experiencia humana*, suscitar *la actividad y el discernimiento* de los catequizandos.

El catequista debe entrar en contacto con **las ciencias humanas** en sus elementos fundamentales (*psicología, ciencias sociales, ciencias de la educación y de la comunicación*) y adquirir los siguientes criterios para emplearlas: respeto a la autonomía de las ciencias; discernimiento evangélico de las diversas tendencias o escuelas; estudiarlas en vistas a la fe que quiere educar; teología y ciencias humanas deben fecundarse mutuamente.

Respecto al **saber hacer**, es necesario que el catequista aprenda a respetar *la originalidad de la pedagogía de la fe* y que madure su *capacidad educativa*; más concretamente, debe *saber programar la acción educativa* con un plan realista y una evaluación crítica; también debe ser capaz de animar un grupo con las técnicas apropiadas. El fin y la meta es que los catequistas se conviertan en *protagonistas* de su propio aprendizaje y sean *creativos*, para lo cual la formación debe ser muy cercana a la práctica.

Entre los cauces formativos destacan **la propia comunidad cristiana y la figura del sacerdote**; se pueden realizar varios tipos de acciones formativas para los catequistas: alimentar su vocación eclesial; procurar la maduración de su fe; realizar la formación inmediata con el grupo de catequistas; y otras actividades formativas como cursos, retiros, convivencias, estudio del CIC, etc.

Momentos importantes para la formación son la asistencia a una **Escuela de catequistas** de base y de responsables de la catequesis. Su finalidad es proporcionar una *formación catequética orgánica y sistemática* de carácter básico y fundamental, de calidad y compartiendo con diferentes catequistas. Las escuelas de responsables son más exigentes y especializadas. Los **Centros superiores** para peritos dan una formación de nivel superior porque buscan formar a los que van a asumir responsabilidades directivas.

Capítulo III: Lugares y vías de catequesis

La comunidad cristiana es la realización histórica del don de la comunión, fruto del Espíritu Santo. Ella es el *origen, lugar y meta* de la catequesis; acompaña a los catecúmenos y catequizandos en su itinerario catequético. **La familia** como *“lugar”* de la catequesis tiene un carácter único: transmite el Evangelio enraizándolo en el contexto de profundos valores humanos; en ella los *abuelos* hacen un aporte importante. El **catecumenado bautismal** es un *lugar* típico de catequización.

La parroquia es el lugar más significativo en que se forma y manifiesta la comunidad cristiana; ella debe continuar siendo todavía la animadora de la catequesis y *“su lugar privilegiado”* y ha de complementarse con otras instituciones. Requiere algunas condiciones: la catequesis de adultos debe ser prioritaria; hay que plantearse el anuncio a los alejados y a los indiferentes; se requiere de un núcleo comunitario de cristianos maduros, especialmente cuidados pastoralmente que ojalá constituyan pequeñas

comunidades eclesiales; así la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes, que sigue siendo imprescindible, se beneficiará mucho.

La escuela católica es un lugar muy relevante para la formación humana y cristiana. Con el Concilio Vaticano II se da el paso de *la escuela-institución* al de *la escuela-comunidad*. Su nota distintiva es: crear un ambiente de comunidad escolar; ayudar a los adolescentes a crecer como bautizados; ordenar toda la cultura según el mensaje de la salvación. Esto supone un *proyecto educativo* debidamente elaborado. Dos formas tienen un particular relieve en la escuela católica: la **enseñanza religiosa escolar** y la **catequesis**. A veces la EREC debe acentuar sobre todo su *carácter cultural*.

Las asociaciones, movimientos y agrupaciones de fieles tienen ordinariamente “*unos tiempos catequéticos*”. Algunos aspectos a tener en cuenta: respetar la naturaleza propia de la catequesis; lo que no obsta para que a partir del carisma propio se hagan ciertas acentuaciones en la catequesis; no se plantean como una alternativa a la parroquia que sigue siendo su referencia.

Las comunidades eclesiales de base (CEB) que se han difundido y son un signo de vitalidad de la Iglesia. Ellas en la comunión eclesial pueden desarrollar una catequesis muy fecunda, estimulada por el clima fraterno y la hondura de la vida comunitaria: La pequeña comunidad es *meta* adecuada donde los catequizandos pueden ser acogidos.

Capítulo IV: La organización de la pastoral catequética en la Iglesia particular

El **Secretariado diocesano de catequesis** es un instrumento que emplea el obispo para dirigir y orientar las actividades catequéticas en su diócesis. Sus tareas son: hacer un análisis de la situación; elaborar un programa de acción; promover y formar a los catequistas; elaborar o señalar los instrumentos necesarios; impulsar y promover las instituciones catequéticas; cuidar la mejora de los recursos personales y materiales; colaborar con el secretariado para la liturgia. Para todo esto debe contar con un grupo de *personas competentes* (sacerdotes, religiosos y laicos).

Los **servicios de colaboración interdiocesana** pueden ser de gran utilidad para toda una región. La Conferencia episcopal puede constituir un **Secretariado o Centro catequético** para ayudar a cada diócesis en materia de catequesis, con una doble función: servir a sus necesidades catequéticas y difundir informaciones y proyectos catequéticos; coordinar la acción y ayudar a las diócesis que más lo necesitan. El servicio de **la Santa Sede:** el ministerio de Pedro desempeña un papel fundamental; es un servicio *global* a toda la Iglesia y *cada Iglesia* particular. **El Papa** ejerce una catequesis a través de sus enseñanzas y por medio de la *Congregación para el Clero* que, de acuerdo a sus funciones: promueve la formación religiosa de los fieles; da normas para la enseñanza de la catequesis; vigila que la formación catequética se haga correctamente; concede la aprobación para los Catecismos y otros escritos para la formación catequética; asiste a los secretariados de catequesis.

La coordinación de la catequesis es una tarea importante en dos vertientes: *al interior* de la catequesis misma y en cuanto a *su vinculación con las otras formas* de ministerio de la Palabra. Tiene como dimensión teológica de fondo en orden a *la unidad de la fe*; responde también a la necesidad de la coordinación de toda la pastoral educativa.

El Proyecto diocesano de catequesis articulado, coherente y debidamente coordinado, debe ofrecer un doble servicio: un proceso de iniciación cristiana, unitario y coherente, para niños, adolescentes y jóvenes en conexión con los sacramentos de iniciación cristiana; y un proceso de catequesis para adultos; hoy es necesario agregar un

proceso de catequesis para *ancianos*. Estos procesos no se dan por separado, sino que se coordinan y se complementan unos a otros. A estos se agregan otros procesos diferenciados de catequesis permanente para adultos.

La vinculación entre el anuncio misionero, que trata de suscitar la fe, y la catequesis de iniciación, que busca fundamentarla, **es decisiva** en la evangelización; ambos deben concebirse coordinadamente. **También la pastoral educativa** debe establecer la necesaria coordinación entre los diferentes *lugares* donde se realiza la educación en la fe.

Algunas tareas propias del servicio catequético: partir de un **análisis de la situación** examinando el estado de la catequesis, de la situación religiosa y la situación socio-cultural. Las situaciones humanas son ambiguas, pero siempre es posible un proceso de transformación que abra camino a la fe.

Luego hay que proceder a la elaboración de **un programa de acción** que determine los objetivos, los medios y las normas que la orienten; este programa se suele concebir para un período de tiempo determinado. Sus condiciones deben ser el realismo, la sencillez, la concisión y la claridad.

Los Episcopados elaboran **otros instrumentos de carácter reflexivo y orientador**; son llamados de varias maneras: Directorio catequético, Orientaciones catequéticas, Documento de base, Texto de referencia; antes de ser promulgados deben ser sometidos a la aprobación de la Santa Sede.

Y están **los instrumentos de trabajo** de uso más inmediato: textos didácticos, guías para los catequistas, medios audiovisuales. El criterio que los inspira es la *fidelidad a Dios y a la persona humana*; deben conectar con la vida concreta de la generación a la que dirigen, tener un lenguaje comprensible y producir un conocimiento mayor de los misterios de Cristo.

La publicación de los Catecismos es una responsabilidad que atañe directamente al ministerio episcopal; para ellos se han de tener presentes dos criterios: su perfecta sintonía con el CIC; la atenta consideración de las normas y criterios para la presentación del mensaje evangélico que ofrece el DCG. Requieren la *previa aprobación de la Sede Apostólica*.

Los documentos orientadores y los buenos textos son muy importantes, pero la formación de los catequistas y educadores de la fe es especialmente crucial.
¿Estamos de acuerdo en esto y por qué?

CONCLUSIÓN

Las presentes orientaciones se originan y fundamentan en el *Concilio Vaticano II* y en las principales *intervenciones magisteriales de la Iglesia*; se ha prestado también atención a las *experiencias de vida eclesial* de los diversos pueblos; con el necesario discernimiento, buscan la renovación de la Iglesia y de la evangelización. **El nuevo DCG es propuesto a todos los pastores** de la Iglesia, a sus colaboradores y a los catequistas con la esperanza de que sean un aliento que favorezca el crecimiento de la fe en cuantos han creído.

La eficacia de la catequesis es un **don de Dios**; Él es quien hace crecer. No hay catequesis posible, como no hay evangelización sin la acción de Dios **por medio de su Espíritu**; Él es el principal catequista, el maestro interior, el principio inspirador de toda catequética. En la entraña de la espiritualidad del catequista está la paciencia y la confianza en Dios que hace crecer la semilla. Él ha haga fructificar. **María sea modelo** espiritual de los catequistas. Que por medio de la *“Virgen de Pentecostés”* brote en la Iglesia una fuerza nueva para engendrar hijos e hijas en la fe y educarlos hacia la plenitud en Cristo.

Su santidad **Juan Pablo II**, 25 de agosto de 1977, ha aprobado el presente Directorio General para la Catequesis y ha autorizado su publicación.

Darío Castrillón Hoyos, Arzobispo emérito de Bucaramanga, Pro-Prefecto.

Crescencio Sepe, Arzobispo titular de Grado, Secretario.

JCZ, sdb.